

# Los mejores grabados de los Países Bajos se exponen en la sala Chicarreros

Son del siglo XVI y forman parte del patrimonio de la Biblioteca Nacional

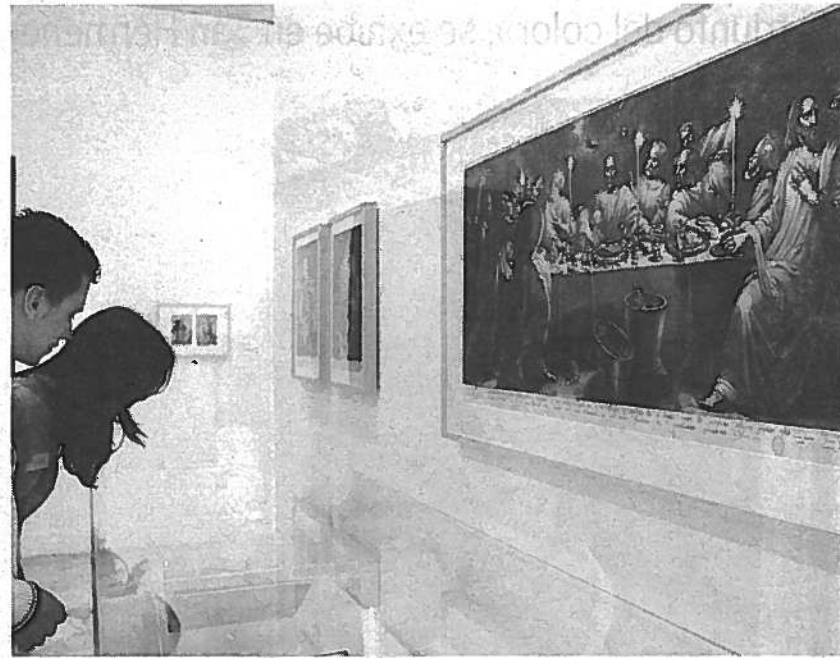
● La exposición «Grabados Flamencos y Holandeses del siglo XVI» permanecerá en Sevilla hasta el 6 de junio, y está dividida en cuatro salas

**LUIS MONTOTO ROJO**

SEVILLA. La Obra Social de Caja San Fernando presentó ayer la muestra «Grabados Flamencos y Holandeses», que estará expuesta en la sala de la calle Chicarreros hasta el próximo 6 de junio. La muestra, que alberga una selección de los mejores grabados que durante el siglo XVI se elaboraron en los Países Bajos, se compone de fondos de la Biblioteca Nacional.

Elena de Santiago, directora de patrimonio de la Biblioteca Nacional, señaló que «aquí podemos contemplar lo más escogido de los grabados de los Países Bajos del siglo XVI, cuando allí se hacían los mejores», y añadió: «Es un paseo por el mundo del grabado que intenta explicar muchas cosas: cómo y dónde se hacían, junto a los lugares y los artistas más importantes».

Concha Huidobro y Consuelo Tomé, comisarias de la exposición, se encargaron de presentar la distribución y el contenido de la muestra, que reúne en total 134 piezas entre grabados, libros



Grabados y libros ilustrados conforman las 138 piezas de la exposición. ROCÍO RUZ

ilustrados e iluminados a mano o piezas extraordinarias como la «Biblia de Amberes».

«Grabados Flamencos y Holandeses» se divide en cuatro salas, la primera de ellas destinada a los primeros artistas del grabado en los Países Bajos. Destacan en este primer área los graba-

dos de Lucas van Leyde, como «La Pasión» o «La Virgen y el niño con dos ángeles»; junto a obras como «Carlos V en Bolonia», una estampa de Hogenberg que muestra un desfile de soldados con los estandartes del emperador y del Papa Clemente VII.

La segunda parte se dedica a la estan-

cia en Italia de los artistas de los Países Bajos, «puesto que casi todos los artistas viajaron a Italia en estos tiempos», dijo Huidobro. En un paseo por los pasillos de la sala, Huidobro comentó: «Sin los grabados de los artistas flamencos y holandeses el Renacimiento italiano no hubiera llegado a todas las partes a las que llegó», y puso como ejemplo de esta difusión de los valores clásicos del Renacimiento el grabado que reproduce a Hércules Farnesio, de Jacob Bos, estatua que apareció en Roma en 1546 en las Termas de Caracalla y que fue una de las obras de la antigüedad más reproducidas.

El esplendor artístico de Amberes es el hilo que agrupa las obras de la tercera de las salas, y en ella destaca una de las joyas de la muestra, la Biblia que Cristóbal Plantino elaboró para Felipe II. Plantino era el impresor más importante en la Amberes del siglo XVI. Esta Biblia es su gran obra, y sigue la estela de la Complutense.

Consuelo Tomé presentó la última estancia, dedicada al grabado holandés de fines del XVI, cuando Amberes decae y cobra mayor fuerza la creación en la zona de Haarlem. «Es muy importante recuperar los grabados de esta época, menos conocidos, pero que abren la puerta a las obras de Rubens y Rembrandt», recalzó Tomé.

José Manuel Amorós, director de la Obra Social de Caja San Fernando, se congratuló especialmente por la colaboración iniciada con la Biblioteca Nacional. Y, por su parte, Elena de Santiago destacó la primorosa edición del catálogo: «Una auténtica obra de investigación que podrá ser utilizado como manual; publicar un catálogo como éste es difícil y caro».

SEGÚN lo recuerdo, en su interior había dibujos brillantemente coloreados y poco texto—no más de un corto párrafo por página—, con un cuerpo de letra que ahora me parecería enorme, sobre un papel satinado de muchos gramos. En la cubierta azul otra ilustración, y en caracteres dorados el título: La cigarra y la hormiga, repetido verticalmente en el lomo. Despedía olor a nuevo. Seguramente me lo trajeron los Reyes y yo no debía pasar los cinco años. Es la primera imagen que tengo de mí mismo con un libro en las manos. O para ser más exacto, es la primera imagen que conservo de un libro y supongo que yo andaba manoseándolo. Conscientemente llamo «libro» a aquel cuento infantil que perdí, como casi todos los cuentos, al hacerme mayor. Cuando me viene a la cabeza vuelvo a sentir la emoción de comprender lo que allí se decía, los primeros momentos mágicos de la lectura superando el automatismo de unir sílabas, el asombro del entendimiento, el placer de descifrar, la fascinación por el limpio trazo de las ilustraciones y el amor por aquel objeto cuya carga simbólica he ido entendiendo con los años. Aquel fue mi primer libro, el primer objeto sobre el que tuve la conciencia de «interactuar», como se dice ahora.

Tener un primer libro del que acordarse es un derecho básico; sobre todo cuando sabemos que hubo tiempos en los que sólo había un Libro para todos, y en los que se intentó por todos los medios ponerle puertas al campo, impedir la prolifera-

## DÍA DEL LIBRO: PASIÓN POR VIVIR

ENRIQUE MORATALLA, consejero en funciones de Cultura

ción de esos incómodos objetos mediante oleadas históricas de control y censura, a base de piras o nihil obstat o impuestos insoportables o, sencillamente, listas de obras prohibidas. La Iglesia, propietaria en exclusiva del Libro, no jugó en esta historia un papel muy feliz...

En la posibilidad de acceso a los libros radica una de las claves de las sociedades democráticas en las que vivimos. Existe un momento en la vida en el que toda la gente debería tener la oportunidad de experimentar, con un libro en las manos, el destello de la inteligencia, de la creatividad y del crecimiento interior, y de reconocer el arranque de un camino, el de la capacidad crítica, que está en la base de toda convivencia pacífica y próspera. Un libro es un soporte material que, negro sobre blanco, permite participar de la inteligencia colectiva, por más que esa expresión, «negro sobre blanco», pretenda fijar de manera inamovible los conceptos sobre él depositados. Es un objeto que se puede trasladar físicamente a grandes distancias y que es capaz de poner en contacto a gentes muy lejanas en el espacio y en el tiempo; se puede reproducir, intercambiar, rayar, corregir, anotar; es un

objeto cuyo uso exige el de otros similares, en una red de conocimientos que cada cual desarrolla a su manera y según sus gustos o sus necesidades (un lector frente a su biblioteca es una especie de pianista de las ideas, que va refrescando o alimentando con precisos movimientos de los brazos y los dedos). Sin el libro, y sin su universalización, hubiera sido imposible la existencia de ese ciudadano con capacidad crítica sobre el que se asienta firmemente la democracia.

La carga simbólica del libro tiene que ver con el gran salto cualitativo que condujo a las sociedades a un proceso que, iniciado en las postrimerías de la Edad Media, conduce a nuestros días. Hoy vislumbramos un nuevo salto cualitativo que está presente en esos debates públicos sobre el fin del libro tal como lo conocemos, a manos de las nuevas tecnologías; se especula acerca de la ruina de la industria editorial; se calcula la cantidad de madera que se ahorrará tras el triunfo definitivo de esas nuevas tecnologías, y los tertulianos se dividen entre los milenaristas que predicen nada menos que el fin de una etapa de la historia humana, y los arrojados que anuncian el adveni-

miento de un tiempo nuevo que suplirá las páginas de papel con pantallas de plasma. La fijación por el objeto «libro» está debajo de esa discusión que se va revelando como demasiado apresurada. Quizás deberíamos designar con la voz libro, no un objeto sino un concepto referido al instrumento de transmisión de toda una serie de capacidades y recursos humanos relacionados con la inteligencia, la libertad y el derecho a ser críticos con nosotros mismos y con el entorno.

El momento infantil del aprendizaje de la lectura lo es también del placer del descubrimiento. Pus bien, en el aprendizaje de las nuevas tecnologías existe sin duda la misma posibilidad, de igual manera que en su uso acechan los mismos peligros, sobre todo el de la apropiación (indebida, por supuesto) de la técnica, la información y el conocimiento. La democratización de las nuevas tecnologías, como en su día ocurrió en el caso de la imprenta, es una condición básica para la existencia de ese moderno libro en el que hay tantas cosas que conocer y aprender, y tantas cosas que escribir. Con el añadido de que es capaz de, saltando grandes distancias, conseguir la existencia de un presente compartido.

Sobre el soporte de papel hemos aprendido, y lo seguiremos haciendo, que nada es inamovible. Sobre cualquier otro soporte, ocurrirá igual. Al fin y al cabo, la lectura y el amor a esa metáfora que llamamos libro es una disposición ante la vida.